

13-X-83

JUSTO DE LA CUEVA ALONSOMIS ~~LOS~~ QUERIDOS ROSTROS OBLIGADAMENTE OLVIDADOSM*
J. C. G.

Hay pocas cosas que me produzcan tanta ira profunda como comprobar personalmente que los madrileños (mis antiguos vecinos, mis parientes, los que una vez fueron mis amigos) fingen, inocentemente a medias, no comprender que en Euskadi se tortura como en la dictadura. Digo que a medias inocentemente porque esa pretendida incomprensión es a medias resultado de la eficacia de la manipulación informativa que realizan los aparatos ideológicos de Estado y a medias voluntaria coartada para encubrir la mala conciencia.

Discutir ese tema con ellos es, lo sé demasiado, una amarga y frustrante experiencia. Alguna vez, sin embargo, de forma inesperada y no deductivamente planificada consigo romper la barrera, atravesar las defensas que han levantado para proteger su tranquilidad, su cómplice inacción, su tácito respaldo a una realidad demasiado nefanda para vivir con ella aceptándola abiertamente.

Eso me ha sucedido hace poco. Y fué posible porque mi relato no estaba directamente enfocado al tema de la tortura en Euskadi. Parece como si esa mezcla de intoxicación informativa y voluntaria ceguera para esquivar ^{la mala} la mala conciencia estuviera sólidamente trabada y funcionara eficazmente para hacer rebotar cualquier intento directo de ofrecer pruebas, datos, testimonios. Pero que esa barrera es permeable cuando el hecho de la tortura ^a los vascos en Euskadi aparece en la conversación formando parte trabada, natural, vívida, "corriente", del escenario de la vida cotidiana y uno habla de ella sin pasión militante, sencillamente describiéndola con veracidad pero de pasada, como una pincelada del paisaje, con tono semejante al empleado para hablar del clima o de los vinos o de las fiestas.

Tal sucedió en la ocasión que ahora revivo. Estaba yo charlando de forma muelle y distendida con un antiguo compañero, la conversación era fluida, mecida en los brazos de un antiguo afecto. Contaba yo mis impresiones, mis vivencias, mis experiencias de nuestra vida en Euskadi. De pronto mi amigo me preguntó que era lo que personalmente más me dolía de lo que me veía obligado a hacer.

Y entonces, tras pensar un poco, le hablé de mis queridos rostros obligadamente olvidados. Hube de explicarme, claro. Le conté como es frecuente que dance por las cuatro esquinas de Euskadi dando charlas, participando en coloquios, dictando lecciones, asistiendo a reuniones, mítines o fiestas. Le relaté, a sabiendas de que la vieja historia que tenemos compartida le haría fácil comprender, la cálida sensación que te invade al encontrar "almas gemelas" en recientes conocidos. Esa íntima gratificación que supone la rápida

b) da sintonía en ideas, en sentimientos, en odios y en afectos, con un hombre o una mujer hasta hace un momento desconocidos y sin embargo ya convertidos en indestructibles amigos, en seguros compañeros. Le reviví esa tranquila exaltación que alimenta la certeza de fuerza compartida cuando estás hablando, o escuchando, y tus ojos y los de tu interlocutor/a anudan sus miradas expresando la segura coincidencia. Le describí ese clima de firmeza serena, de fuerza tranquila, que se extiende envolvente, impalpable pero emocionalmente tangible, entre un puñado (o unos cientos o unos miles) de personas que se saben copartícipes de un proyecto de futuro nuevo, libre, igualitario. Que saben y sienten en la médula de sus huesos, en las terminales nerviosas de las yemas de sus dedos, en sus papilas gustativas, que los que estamos allí somos como la mata de junco del ejemplo famoso de Muntaner : uno a uno pueden rompernos pero todos juntos y unidos somos indestructibles. Recuerdo que le evoqué una escena de la película "Novecento" ,cientos de veces repetida en las paredes en foto fija: la de un grupo de obreros marchando , decididos que no tozudos, firmes que no obstinados, esperanzados que no alienados, al encuentro de su enemigo de clase.

4 No se si ejerciendo de hedonista o cayendo en el vicio estilista del que tiene por oficio juntar palabras, comuniqué a mi amigo como mis ojos pueden en esas ocasiones, trabajar por "libre" dejando al cerebro, al oído y a la lengua la tarea de ser serenos y eficaces mientras ellos se dedican a coleccionar matices, a archivar goces sensuales. Y como pueden enorgullecerse tanto de la terrible fuerza evidente de los brazos del compañero con puños como mazas, cuya cercanía es garantía de defensa, como de la grácil belleza de los senos firmes, finos, enhiestos, juveniles, de la compañera cuyos pezones atirantan la blusa gritando la primavera. Le hablé ,entonces, de los rostros , de esos rostros de compañeros y compañeras, distintos que no distantes, rostros morenos y claros, rostros tersos y arrugados , rostros juveniles y cargados de penas y de afanes, rostros duros como por el hacha perfilados, rostros iluminados, enfurruñados, ceñudos, risueños, a veces tensos, a veces encandilados. Los rostros de un pueblo que está en marcha. Y lo sabe. Y que es ahora el mío. Los rostros de mis hermanos, de mis compañeros, de mis amigos. Los rostros en los que me reflejo y me encuentro y me repito.

Y luego le cuento a mi amigo madrileño que lo que personalmente mas lamentamiento de lo que me veo obligado a hacer es el tener que forzarme a no fijarme en esos rostros. A procurar no mirarlos conscientemente con detalle para poder estar seguro de olvidarlos, de no poder recordarlos.

Me pregunta, asombrado, que por qué. Le explico ,sin énfasis, al hilo

de la charla, como podría explicar que en Galicia suelo llevar paraguas por que es que en Galicia ~~llueve~~ llueve, que es por el riesgo de tortura. Porque aquí en Euskadi uno nunca sabe cuando puede ser torturado. Y que por ello quien, como yo, tiene que estar en contacto con muchos y con muchas en muchos puntos de Euskadi ~~se siente~~, se siente obligado a procurar ~~no~~ no almacenar en la memoria no ya nombres sino tampoco rostros (salvo que funcionalmente le sea necesario hacer lo contrario). Porque la resistencia humana tiene límites y lo que no sabes es imposible que puedan arrancártelo. Y que por eso una elemental precaución me compele a ir dejando por los rincones de Euskadi rostros queridos forzada, obligadamente olvidados. Lo cual me jode, claro.

Fué en ese punto cuando el silencio que se ~~espesó~~ ^{espesó} en la cara de mi amigo y la perceptible crispación con que su mano aferró la cazoleta de su pipa me hicieron ver que, sin proponermelo conscientemente, había roto la barrera de su incredulidad sobre la continuación psocista de la tortura a los vascos en Euskadi.

Al poco me lo confesó. Y me subrayó que había sido la aparición "natural", "normal", de la tortura como elemento tan integrado en mi horizonte ~~vital~~ vital como lo están las líneas de la colina en que se apoya mi casa, lo que le ~~había~~ ^{había} persuadido cuando no lo habían logrado antes mis directas, encendidas, indignadas descripciones.

Le respondí citando ~~la novela~~ ^{la novela} de Alfonso SASTRE "El lugar del crimen - unheimlich-" y la explicación de Alfonso en la "Nota" que abre el libro: "Lo corriente se revela como extraño y pone así al exterior sus terribles profundidades; y lo que irrumpe como insólito se revela formando parte de la trama de nuestra vida corriente. Tal es lo "siniestro" (así la reciente matanza de tres jóvenes en Almería: un episodio "siniestro")."

Y concluí para mi amigo con unas afirmaciones con las que también quiero ahora cerrar estas líneas: que la tortura a los vascos en Euskadi es una "siniestra" cotidianidad del Estado del "cambio" del PSOE. Pero que, pese a todo, estamos ganando. Y que confío que cuando la victoria grane podré vivirla y usarla para ir rescatando, recuperando, reviviendo, reconociendo los que hoy son para mí mis queridos rostros obligadamente olvidados.

Justo de la Cueva Alonso

Justo de la Cueva